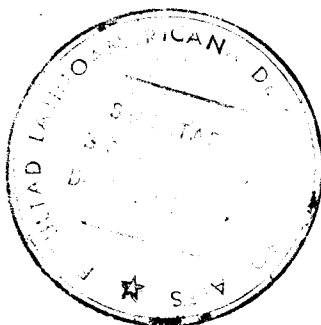


MATERIALES DE DISCUSION
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 12, Marzo 1981.



1404

TRANSFORMACION SOCIAL Y REFUNDA-
CION POLITICA. NOTAS SOBRE PRO-
BLEMAS DE LA ALTERNATIVA EN EL
CAPITALISMO AUTORITARIO.

Manuel Antonio Garretón M.

Versión preliminar preparada para el Seminario "Los nuevos procesos socia-
les y la teoría política contemporánea" (Instituto de Investigaciones Socia-
les, UNAM, México 30 marzo-5 abril 1981). Trabajo realizado en el marco del
proyecto "Teoría, condiciones históricas y demandas democráticas" (FLACSO
Chile).

16 pgs

Esta serie de documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

El objetivo de estas páginas no es otro que ordenar un conjunto de ideas e intuiciones en torno al problema de la alternativa de la izquierda en los actuales regímenes autoritarios, a partir fundamentalmente de la experiencia chilena y retomando el hilo de las reflexiones que hacíamos hace un año en el Seminario de Morelia sobre "Hegemonía y Alternativas políticas en América Latina". Nuestra convicción es que con el advenimiento y consolidación parcial de estos regímenes, desaparece un tipo de sociedad y las concepciones y modelos de acción política que en ella prevalecieron. La crisis de la oposición de izquierda es en parte la crisis de esas concepciones y modos de acción, su persistencia muchas veces fantasmal y la muy lenta y dificultosa emergencia de nuevas concepciones y modalidades que no logran expresarse en teorías ni formas orgánicas o de acción claramente identificables y codificadas.

No intentamos sino ubicar el problema y resaltar sus aristas principales, sin una discusión de situaciones concretas, lo que le dará a nuestra reflexión un carácter necesariamente general y abstracto. Partiremos recordando algunos rasgos pertinentes de los regímenes autoritarios y luego caracterizaremos esquemáticamente las concepciones y modalidades de acción clásicas y emergentes que se entremezclan hoy en la oposición anti-autoritaria. Se trata estrictamente de notas preliminares que permitan ordenar una discusión.

Capitalismo autoritario y refundación social

Hemos sostenido en varias ocasiones la necesidad de ver en los regímenes autoritarios del Cono Sur la combinación de dos dimensiones. La primera es una reacción antipopular, una respuesta contrarrevolucionaria a una crisis sociopolítica en que se dan un alto grado de movilización, organización y radicalización popular y un alto grado de descomposición del aparato económico y político, producto de un proceso agudo de polarización social. Esta primera dimensión de tipo reactivo o defensivo por parte de sectores dominantes del capitalismo y de las Fuerzas Armadas que se incorporan orgánicamente a ella, enfatiza el aspecto represivo en sus diversas formas, la eliminación de adversarios, la desarticulación violenta de las formas organizativas de los sectores populares, la destrucción de las estructuras políticas, etc. Se trata de una característica típica y definitoria de cualquier dictadura y su intensidad y extensión dependen en parte importante del grado alcanzado por la crisis sociopolítica precedente y del nivel de la organización y movilización popular.

La segunda dimensión que, a nuestro juicio, especifica a estos regímenes autoritarios, es su carácter fundacional, es decir, el intento de reorganizar el conjunto de la sociedad, de fundar un nuevo orden, de reestructurar y recomponer las bases del capitalismo nacional.

A estas alturas de la historia queda claro que este intento de refundación social no puede confundirse con una dimensión puramente restauradora, aún cuando se asista a la recupera-

ción de viejos privilegios y poderes por parte de determinados grupos sociales. El discurso hegemónico en el seno del bloque dominante expresa esto al acentuar la crítica al modelo de desarrollo imperante en las últimas décadas previas al advenimiento del nuevo régimen.

La simple caracterización de "régimen autoritario" alude sólo a un aspecto de los procesos desencadenados a partir del golpe militar y no da cuenta del "contenido" que este régimen vehiculiza. De ahí que nos parezca importante insistir, con los riesgos que ello tiene, en la hipótesis que estamos en presencia de intentos de revoluciones capitalistas tardías desde el Estado. Sin forzar los términos estamos enfatizando aquí: a) El carácter de "intento", es decir no de un resultado global ya plasmado sino de un proceso problemático con diversos parámetros de éxito para medir el grado de realización o advenimiento de un nuevo orden, a los que nos referiremos más adelante. b) El carácter violento de la ruptura de un orden anterior con el acceso al poder del Estado de ciertas clases y grupos sociales y el contenido con que se intenta crear un nuevo orden. c) El carácter de "tardío" que alude tanto a las condiciones de inserción nacional en un sistema capitalista mundial ya constituido y en determinada fase de desarrollo y división internacional del trabajo, como a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, sociales y políticas nacionales en que las barreras anticapitalistas están representadas por las interferencias de un Estado de compromiso con fuerte peso de sectores populares organizados y movilizad^{os}.

Entre las dos dimensiones señaladas hay una relación indisoluble en la medida que la destrucción del orden anterior requiere de un uso de la fuerza y de los aparatos represivos durante un tiempo largo, no solo por el nivel de organización social y popular previo sino por cuanto -y sobre esto volveremos- el problema crucial de este nuevo orden es su dificultad para crear una pauta de relación entre Estado y sociedad de tipo estable y consensual.

La caracterización precedente intenta alejarse de la discusión sobre fascismos o tipos de dictadura para concentrar la investigación y las modalidades de acción política no tanto en la forma de régimen político, sino en el contenido de la dominación, que no se puede divorciar de esta forma. Estamos en presencia de un régimen, sí, pero también de procesos que lo redefinen permanentemente. Insistir en el carácter dictatorial o de estado de excepción, nos parece ubicar el problema sólo al nivel del régimen político.

Hemos señalado que este intento de refundación capitalista es un proceso problemático que tiene para el bloque dominante que se constituye lo que podríamos denominar una espiral de parámetros de éxito. El primero es el grado de desarticulación de las fuerzas opositoras en el momento de instauración del régimen. El segundo es la introducción de transformaciones estructurales en ámbitos específicos de la sociedad que generan ahí nuevas formas de relaciones sociales. El tercero es la generalización de esas nuevas formas de relaciones sociales a todo el conjunto de la sociedad de modo de asegurar su reproducción. El cuarto es la consolidación y capacidad de

reproducción de este nuevo sistema de relaciones sociales a través de un orden político consensual que fija reglas aceptadas de resolución de conflictos parciales en el interior del nuevo sistema.

La afirmación anterior requiere de dos precisiones. Tratándose de revoluciones capitalistas en sociedades de desarrollo tardío, el capitalismo parece dissociarse de una vocación de desarrollo nacional. Su éxito no es medible para los sectores dominantes en términos de su capacidad de resolver los grandes problemas nacionales, de "modernizar" el conjunto de la nación, de la utopía "venid y enriqueceos". En ese sentido cuando hablamos de viabilidad del desarrollo capitalista y de los regímenes que los impulsan nos referimos sólo a su capacidad de reproducción en tanto orden social y ello puede hacerse en separación con los principios de un desarrollo nacional. Lo que nos lleva a relativizar la potencialidad política de los "fracasos" de los modelos económicos de estos regímenes. Que lo sean en términos de resolver los problemas del país o de simple crecimiento económico, es una cosa, que lo sean en términos de asegurar la vigencia del régimen es otra muy distinta. Tampoco sus debilidades económicas son sinónimo de inestabilidad o debilidad política: no hay otra debilidad política del régimen que la fortaleza de un sujeto opositor. De modo que cuando hablamos de éxito parcial o total de este tipo de régimen, ello no tiene que ver ni con éxitos técnicos, que los tienen, ni con la solución de problemas nacionales, que no logran, sino con la resolución de sus problemas de producción y reproducción de un nuevo orden social en térmi-

nos de la espiral de cuatro parámetros señalada.

Una segunda precisión se refiere al problema del modelo político -es decir, al cuarto parámetro- del intento de refundación capitalista. Ya hemos indicado la incapacidad para establecer un modelo estable de mediación entre Estado y sociedad, es decir, un régimen político que no descansa predominantemente en la fuerza. Su origen "revanchista", su naturaleza económica excluyente, su imposición sobre masas políticamente movilizadas y con conciencia de sus derechos y memoria de participación y democratización, la introducción de reformas sectoriales que destruyen antiguas conquistas sociales, etc., todo ello hace necesario el recurso permanente de la fuerza. La necesidad de apelar a principios de legitimidad diferente a los de la guerra contra el enemigo causante del caos y la anarquía -propios de los primeros años del régimen- lo llevan a invocar el tema de la democracia y a prometer la reinstauración de sus principios e instituciones, pero renovadas y depuradas de sus vicios anteriores. Ello es paralelo a un largo proceso de institucionalización de la dominación autoritaria tanto a nivel de la sociedad como del régimen político, pero donde no está ausente la propuesta futura, diferente de las formas iniciales del régimen militar: una democracia de tipo conservadora, donde la política ha perdido su relevancia de masas y donde el orden jurídico institucional ha excluido opciones ideológico políticas, restringido sectorial y globalmente la participación y se ha dotado de mecanismos de salvaguardia -entre ellos el rol tutelar de las FF.AA.- contra cambios sustantivos del orden social. Que el advenimiento de

un tal régimen se someta a largos plazos y a modalidades que varían permanentemente no impide que se visualice como la meta del proceso, como utopía que descansa en la "apuesta" que de las transformaciones estructurales que se introducen en la sociedad es posible la "emanación" de un nuevo orden político.

Una afirmación generalizada es la incapacidad de estos regímenes de proponer una utopía social. La insistencia en la caracterización de los rasgos exclusivamente militares de la dominación no puede tener otra consecuencia. Distinto es el caso si enfatizamos el carácter de refundación capitalista y donde ciertos grupos y clases dominantes se quieren y representan a sí mismas como clase dirigente. Ahí viejos temas renovados de la utopía conservadora adquieren fuerza hegemónica para ciertos sectores de la sociedad. Se ha insistido demasiado en la pobreza y debilidad ideológica de estos regímenes sin considerar suficientemente que desaparecidos o reducidos los referentes sociales de las ideologías progresistas de las décadas pasadas (el modelo de desarrollo y el Estado), éstas han quedado en el aire y muchas veces reducidas a la reivindicación de ese pasado. La crítica radical al modelo de desarrollo y al Estado de compromiso por los grupos dirigentes, entonces, ha revitalizado las concepciones que reivindican los principios de mercado, la libertad económica individual, el orden y la seguridad como las bases y fundamentos de un sistema que asegure la libertad política. No cabe aquí la refutación de esta concepción, pero señalemos que la sola denuncia de la contradicción entre sus promesas y la realidad sobre la que se imponen, no anula la eficacia con que

muchos de sus elementos son internalizados en los comportamientos de vastos sectores sociales.

La transformación de la sociedad producida por el proyecto de refundación capitalista a través del régimen autoritario se expresa en diversos niveles. Uno es el de los cambios estructurales producto de la alteración del modelo de desarrollo y que son especialmente visibles en el peso diferencial de los sectores económicos, en la estructura ocupacional, en el sistema de estratificación, en la estructura agraria, etc. Acompañando los cambios en el modelo de desarrollo, están las transformaciones en las reglas del juego que rigen las relaciones sociales en los diversos ámbitos de la vida social. Se trata propiamente del cambio a nivel institucional que tiene su expresión tanto en la esfera política como de la sociedad civil. Vale la pena aquí descartar desde ya una visión economicista que ve este segundo nivel como un simple reflejo del primero, como una pura adecuación a requerimientos de un modelo de acumulación que a su vez se explica en términos de la fase actual del capitalismo mundial. Sin duda que muchos de los cambios institucionales corresponden a esta "adecuación", pero muchos tienen también raíces propiamente políticas o ideológico culturales y su racionalidad debe buscarse allí y no en la dinámica económica. En todo caso, los niveles estructurales e institucionales representan sólo la parte visible del iceberg y un inventario, por exhaustivo que él sea, de los cambios producidos en esos niveles, por dramáticos y espectaculares que ellos sean, no da necesariamente cuenta de lo que pasa en la parte escondida del iceberg

social. Y quizás donde se juega el carácter revolucionario de estos regímenes sea ahí, en su capacidad de reordenar el modo como una sociedad se constituía como tal más allá de sus datos geográficos, de población o de recursos. Concretamente, la transformación de las bases que hicieron posible determinados modos de estructurarse los movimientos sociales, la eliminación de un tipo de relación entre sociedad civil, sistema político y Estado o característico de las diversas formas de populismo y de Estado de compromiso. Es probable que en cada caso la columna vertebral de la sociedad, el modo como los agregados sociales se reconocían como movimientos y sujetos políticos sociales, haya sido diferente y, por lo tanto, su forma de desarticulación varía también de caso a caso. Pero en esta reformulación del modo de constituirse los sujetos político sociales, reside el núcleo básico de las transformaciones introducidas por estos regímenes. Es posible que queden a medio camino y se transformen en simples administradores de una crisis, y que no emerja una nueva sociedad en sentido estricto con nuevas contradicciones y nuevos modos de constitución de sujetos sociopolíticos, pero en todo caso hay un golpe de muerte en la vieja sociedad donde la combinación de lo viejo y lo nuevo ya es por sí mismo un nuevo tipo de sociedad.

Lo clásico y lo nuevo en política

Lo anterior puede ser graficado reproduciendo, esquemática y casi caricaturalmente, dos modos de percibir la situación que se traducen en modos de acción política.

La espectacularidad, dramatismo e intensidad de la dimensión reactiva del régimen autoritario, en algunos casos, ha llevado a importantes sectores sociales, políticos e intelectuales a conceptualizar la instauración y desarrollo de estos regímenes en términos de una "derrota" del movimiento popular.

Esta visión, que obviamente no es falsa, tiende a quedar encerrada en una situación del pasado. Habla en nombre de una tradición y continuidad quebrantada, donde el presente es sólo un paréntesis apocalíptico y el futuro es sólo la recuperación de una tendencia interrumpida momentáneamente.

La derrota supone enfrentar como tarea central la reorganización de actores y sujetos ya constituídos cuya naturaleza no ha variado. La sociedad es siempre la misma, sólo que ocupada momentáneamente por un enemigo extraño que, por supuesto, no cambiará nada "esencial" en ella. El derrotado hablará siempre en términos de los errores cometidos o de la denuncia del enemigo que lo derrotó y no en términos de las nuevas contradicciones y los nuevos campos de lucha y enfrentamiento. El triunfo del enemigo es visto únicamente como la negación de sus propias antiguas conquistas y victorias, sin buscar las oportunidades y el sentido de las nuevas luchas que se abren. Frente a cada transformación que introduzca el régimen se la denunciará en términos de los valores, principios e instituciones del pasado, sin apelar a nuevas alternativas que impliquen superación tanto del presente que quiere imponerse como del propio pasado. La recuperación de lo perdido, la "superación" de errores y renovación de organizaciones ya cons-

tituidas para restablecer relaciones con un sujeto social que mantiene su identidad pese a estar reprimido, el llamado al acuerdo y a las alianzas entre organizaciones que se suponen siguen representando a esos sujetos sociales, son el núcleo de la acción política.

Tras esta percepción y modo de acción subyace inalterada lo que podríamos llamar la visión clásica de la política. Una sociedad de dominación donde hay una clase ya determinada portadora de una misión histórica de transformación global que le es sistematizada por una conciencia que se constituye en su vanguardia y que llama a los otros sectores sociales a plegarse, a "aliarse". Un Estado que es el referente único de la acción política, cuya culminación es la toma del poder de ese Estado. Un partido concebido como el núcleo más consciente, como la vanguardia, como destacamento, que expresa inequívocamente los intereses de esa clase, formado por cuadros y militantes profesionales disciplinados y homogéneos. Una acción política que consiste en la directa proyección de ese partido al resto de la sociedad y cuyo universo es la "gran política" referida al Estado. Una teoría ya constituida que sirve tanto de principio de identidad como de guía para la acción en situaciones que no pueden ser sino ilustración y aplicación de esa teoría.

Tres observaciones son necesarias sobre esta caracterización. En primer lugar, ella no se identifica con ninguna línea política particular, sino que tiene expresiones y tendencias diversas que se reconocen del mismo tronco aún cuando las unas frente a las otras se autoperciban como "correctas" y

nominen a las otras como "desviaciones". Pero en esta caracterización se incluyen tanto las concepciones de izquierda denominadas reformistas como las llamadas revolucionarias. En segundo lugar, es imprescindible reconocer que esta visión de la política tuvo grandes éxitos en la sociedad que precedió al intento autoritario de refundación capitalista, que movilizó masas e hizo avanzar el movimiento popular en su lucha por la igualdad, la justicia y la transformación de la sociedad. Ello se debió en parte a las características estructurales e institucionales de esa sociedad, especialmente a su modelo de desarrollo y al Estado de compromiso. Pero no sólo eso -y por ello hablamos de concepción y modos de acción "clásico" y no viejo o antiguo-, sino que también en la medida que el intento de refundación capitalista no cambia todas y cada una de las partes de la sociedad sino que las reordena en una nueva totalidad, hay importantes ámbitos de la vida social en la sociedad emergente del capitalismo autoritario en que este tipo de política mantiene y mantendrá su vigencia. Lo que intentamos subrayar es que ya no puede ser la concepción o el modo de hacer política único y predominante. En tercer lugar, digamos que aún antes de la emergencia del capitalismo autoritario, este modelo de concepción y acción políticas aparecía en crisis, pero sus éxitos parciales y la visualización de un éxito "global" posible a corto plazo postergaban el encaramiento de esa crisis y ahogaban el surgimiento de un modelo alternativo coherente. Es la disolución de la sociedad previa y la emergencia del capitalismo autoritario la que deja al desnudo esta crisis del modelo clásico y plantea nuevas experiencias a la acción política.

Frente a esta forma de percibir y realizar la política, que tiende a veces oscurecer el presente y las perspectivas de reconstrucción del movimiento popular, interesa resaltar otra que, sin embargo, para ser comprensiva y políticamente eficaz necesita de la primera. En esta visión, más que la "derrota", se enfatiza el momento fundacional del capitalismo autoritario, los procesos de creación de un nuevo orden social y un nuevo Estado, donde coexisten estructuras y actores del pasado pero más como inercia que como portadores de futuro, donde emergen nuevos actores y sujetos sociales en relación de continuidad y ruptura con los de ese pasado, donde las luchas se dan no en términos de antiguos principios y viejas conquistas sino de las nuevas contradicciones y donde la identidad se reconstruye día a día en términos de esas nuevas luchas y reivindicaciones. En esta segunda visión no es el derrotado el que combate sino el nuevo sujeto emergente que en nombre de sus luchas en los diversos ámbitos de la sociedad reclama la autonomía de la sociedad civil respecto del Estado y llama a recrear y refundar organizaciones políticas. Si bien se reconoce en la historia pasada, las viejas luchas son sólo un punto de partida de su nueva identidad y no fantasmas que interfieren con ella. Las transformaciones que introduce el régimen autoritario, son vistas no sólo como negación de las grandes conquistas en cuyo nombre hay que resistirlas, sino también como el lugar en que se generarán las nuevas contradicciones, los nuevos conflictos y, sobre todo, los nuevos actores de la lucha social. Se reconoce aquí que la sociedad ha cambiado, no sólo como paréntesis al final del cual se vol-

verán a "hacer lo mismo que se sabía hacer", sino que algo nuevo está surgiendo y que eso nuevo no es una pura reconstrucción y, por lo tanto, que no es cuestión de renovar antiguas organizaciones y métodos de acción, sino de recrear, por cuanto los papeles y funciones de las diversas estructuras han cambiado. La reorganización de la sociedad civil, la construcción de nuevas relaciones entre lo político y el movimiento social, la refundación de organizaciones, constituyen el núcleo fundamental de su acción política.

La concepción que subyace aquí es menos formalizada y menos llena de "certezas". Hay un sujeto popular que debe descubrirse y constituirse en un largo y complejo proceso y cuya amplitud y diversificación de intereses no se identifica con una determinada clase, con un rol en la historia ya fijado y depositaria del interés universal, la acción política se redefine y en todos los ámbitos de la vida social hay una dimensión política que no se reduce a la referencia al Estado: no sólo la gran política es política, No hay una teoría del partido que determine las relaciones entre éste y el movimiento social, sino que ésta es una relación a establecer históricamente, donde el principio democrático es intransable, donde el partido pierde su carácter fetichizado y religioso y se enfatiza su valor puramente instrumental y donde el principio de identidad deja de ser un cuerpo teórico o una base social homogénea. La relación con la teoría es también problemática. Ya no hay "la" teoría y ésta no es un conjunto monolítico de unidades definidas para siempre sino sólo uno o varios puntos de partida que obligan a la actitud racional de

crítica, investigación de la realidad histórica y aprendizaje en muy diversos campos teóricos. Todo ello, insistimos, le da a esta nueva modalidad de acción política un carácter problemático. Tampoco estamos aquí en presencia de una línea política homogénea, sino que en este eje que hemos descrito es posible también diversas posiciones que se estructuran en corrientes, tendencias y organizaciones.

Muchas de las dificultades que experimenta la oposición en los regímenes de capitalismo autoritario, y nos referimos fundamentalmente a la de izquierda, arrancan de esta ambigüedad, de la coexistencia de lo clásico y lo nuevo, de las dos concepciones y modalidades esquematizadas. Porque subsisten estructuras y actores del pasado que no pierden vigencia y surgen nuevos que reemplazan a los anteriores. Porque hay luchas que se dan para impedir el advenimiento de un nuevo orden en ciertos ámbitos y hay otras que se dan en el centro de un orden ya constituido. Porque hay elementos de resistencia a lo que se trata de imponer y otros de contradicción con lo ya impuesto. Porque hay defensa en nombre de lo ya conquistado y que se ve amenazado y reivindicación de lo por conquistar. Pero esta coexistencia, como hemos señalado, es en sí ya un nuevo orden precario que se constituye por desarticulación del orden pasado y por advenimiento del orden nuevo. Una imagen clara de una sociedad así alterada es muy difícil de elaborar y proyectar. Una utopía alternativa lo es más y es por eso que los diagnósticos son confusos y las propuestas alternativas teñidas del recuerdo de la sociedad pre autoritaria, porque la tensión entre lo clásico y lo nuevo cruza

todas las organizaciones políticas constituídas y todos los debates más específicos sobre líneas políticas a seguir.